

Algunas personas no están destinadas a quedarse mucho tiempo en este mundo. Ellas lo saben, en el fondo de sus mentes. Puede que sean inseguras, que teman la forma en que viven la vida. Quizá sean frágiles. Otras son el extremo opuesto, demasiado imprudentes. Algunas, como Ray Burgess (quien aquella noche, en un remoto laboratorio de Nevada, solo tenía veintisiete años), son propensas a estar en el lugar incorrecto en el momento equivocado. La muerte parece saber quién es el antílope que se va a alejar del rebaño.

En este preciso instante, Burgess estaba sentado en cuclillas en la sala de descanso detrás de una mesa metálica volcada, cuyas patas de acero inoxidable se alejaban de él en dirección a la puerta. Las luces del laboratorio aún estaban encendidas en el exterior, pero allí dentro él se acurrucaba en la oscuridad junto a una máquina de bebidas gaseosas que le sacaba de sus casillas cada vez que el interior zumbaba y chasqueaba. Una pequeña luz entraba por la puerta apenas abierta, además del sugestivo fulgor de la máquina expendedora.

El pulgar de su mano derecha estaba sujeto entre sus dientes, y cada vez que oía cualquier tipo de ruido metálico o el sonido de algo en movimiento, procedente de la habitación contigua, se lo mordía con fuerza para no chillar. La uña estaba roída y quebrada. Pronto rezumaría la sangre.

Intentó ver la esfera luminosa de su reloj, pero tenía las gafas puestas, cristales gruesos para su miopía, y era difícil ver las cosas muy cercanas. No quería moverse para levantarse las lentes. Tenía miedo de que si se movía, tropezaría con la mesa, lo que podría provocar algún tipo de sonido agudo. ¿Marcaba el reloj las 9:10?

Eran las 9:10 de la tarde, así que había estado agazapado allí durante más de dos horas.

Se preguntó si a esas horas Ahmed se habría desangrado hasta morir.

La cuestión es que ahora mismo Ahmed estaba en el suelo, precedido por un pegajoso charco de su propia sangre.

Tocó el charco de la sangre de Ahmed, y le pareció cacao frío. Siempre le había gustado Ahmed; el hombrecillo tenía un especial sentido del humor compensado con algún tipo de optimismo confiado. Aún podía estar vivo.

Si logro salir, conseguiré que alguien se ocupe de Ahmed.

Era posible que eso no ocurriera. Seguro que las malditas cosas habían cortado las líneas telefónicas (fundidas con tejido, de algún modo).

Jamás llegaría hasta el teléfono al fondo del pasillo. Y gracias a los deslumbrantes «genios de seguridad», como Ahmed les llamaba, no les estaba permitido tener móvil en el Laboratorio 23. Eso nunca había tenido sentido y ahora el carecer de móvil hacía más probable, le pareció, que Ahmed y él fueran a morir.

El optimista de Ahmed.

Ahmed se va a desangrar hasta la muerte, si es que no está ya muerto, y yo...

La muerte de Ahmed sería misericordiosa, en realidad, considerando la manera en que había fallecido Kyu Kim. Las cosas habían despedazado a Kyu porque fue el que abrió la caja de sorpresas. Era el que descubrió que habían desconectado los circuitos de seguridad del laboratorio.

Los parásitos habían dividido el cuerpo de Kyu en cinco partes, para utilizar tantos grupos musculares como les fuera posible controlar. Lo que quería decir que las piernas de Kyu habían empezado a moverse y a funcionar por sí solas, libres del torso, como serpientes saliendo de sus huevos. Y después sus brazos habían comenzado a dar vueltas por la habitación por sí mismos. El torso, con la cabeza aún sujeta, se puso a dar tumbos en otra dirección.

Y Ahmed se había caído enfrente del cuerpo reorganizado de Kyu, y las nuevas mandíbulas de este empezaron aquel *chac-chac-chac* como de cuchillas de una segadora eléctrica, rasgando el costado de Ahmed. Antes de que Ahmed hubiera tirado hacia abajo del esterilizador, sobre la cabeza de Kyu... y la aplastara, hasta romperla y cubrirla de sangre.

Pero el cuerpo de Kyu no estaba muerto. Burgess aún podía oírlo moviéndose en la otra sala, una y otra vez, bajo aquel armario metálico.

Ahmed se desangró con rapidez, perdió la conciencia, y los miembros sin ojos de Kyu fueron más o menos inútiles para ellos. Los parásitos siguieron experimentando, qué ironía, así que abandonaron las partes del cuerpo de Kyu y comenzaron otro tipo de “construcción electrónica mutua interconectada”. ¿No era ese el término que los chicos del Pentágono habían sugerido?

Algo hizo clic-clic en el laboratorio contiguo, y Burgess se royó la uña con más fuerza. Empezó a saborear sangre.

Se dijo, una vez más, que tendría que permanecer quieto hasta la mañana. El doctor Sung vendrá al laboratorio para el turno matutino. *Conectará la alarma, y quizá el Equipo de Prevención de Intrusiones halle la frecuencia, o envíe una alerta o... algo.*

¿O tan solo le abandonarían? Ahmed había dicho algo acerca de que tendrían que destruir la Instalación, bajo ciertas circunstancias (como si se tratara de un laboratorio de armas biológicas). Y es que casi era un laboratorio de armas biológicas. Pero no lo era. No habían desarrollado un virus o una bacteria; uno no.

Tenía que orinar y la cosa empeoraba. ¿Podría aguantar? ¿Sería capaz de hacerlo en el suelo sin que le oyeran los parásitos? ¿Cómo de fino era su sentido del olfato?

Había escogido el camino incorrecto en la vida, la carretera fatalmente equivocada, al firmar para la Instalación. Ahora lo sabía. Pero no había excusa: todos en la Instalación de Investigación Avanzada de la Agencia Nacional de Seguridad sabían que una vez que entrabas en la Instalación, estabas comprometido.

No puedes decir simplemente “he decidido dedicarme a otra cosa”. Si pensabas que aquel científico chino del Lawrence Livermore lo había tenido crudo, intenta salir de la Instalación. De repente, te convertías en un “agente enemigo”.

No es que no hubiera advertencias. Había rumores. Las cosas se habían puesto mal antes de llegar él. Se había producido más de una infección. Existía un Laboratorio 21 y un Laboratorio 22, dedicados al mismo proyecto, y ambos habían sido puestos en cuarentena. Pero se suponía que los nuevos protocolos serían más que suficientes. La “integridad de la micromatriz”, les gustaba decir. Burgess había mostrado talento para la manipulación de túneles de electrones, y le habían ofrecido el salario inicial de doscientos mil dólares al año que necesitaba. Le había parecido correcto.

Pero lo había sabido. Siempre había sabido que la vida se la tenía jurada. Había estado bastante seguro desde que su madre se uniera a ese grupo de cristianos del Apocalipsis. La secta le había consumido bien, como algún tipo de programa mutuo incorporado. La había visto alejarse con aquellos tipos. Individuos delgados, desnutridos, de sonrisa desmayada con sus remilgados trajes baratos. Y como papá ya no tenía nada que ver con ellos, supo que nunca volvería a verla.

En este momento, tenía que orinar, de verdad, en serio.

Echó un vistazo a su reloj, con los ojos entornados. Casi seguro que decía 9:12. El tiempo se estaba... bueno, arrastrando. Los parásitos eran tan metódicos que no tardarían en entrar. A estas alturas, con toda

probabilidad, se habrían repartido en sectores, y asignado tareas. Vendrían cuando fuese más eficiente.

Venga, hombre, hay esperanza. La Instalación se llenará de Equipos PI, y entrarán para salvarte. En cualquier momento.

¿Estaba la puerta de la sala de descanso abriéndose, justo ahora, un poquito?

Parecía que la porción de luz que entraba desde el laboratorio hacia la habitación a oscuras se hacía mayor. ¿Le estaba mirando algo, buscándole?

La puerta se abrió solo un centímetro o dos más. No como una persona que abría la puerta. No como alguien que viniera a salvarle.

Burgess rezó para que no encendieran la luz. No creía poder ver uno sin empezar a gritar. Y si gritaba, sabrían con certeza que estaba allí.

Ya no volveré a irme de parranda con Belinda. Sé que estuvo mal. Sé que está casada y que tenía un hijo pequeño, y no voy a volver a hacerlo.

De regreso a casa, iré a ver a papá, lo juro. Sé que le queda quizá un año más de vida y nunca voy a verle. Pero lo haré, iré a ver a papá.

Tan solo no dejes que enciendan la luz.

Se produjo un sonido sordo y chasqueante que procedía de la puerta.

Y la luz entró, y él no pudo evitar mirar por encima de la mesa.

Burgess dio un grito corto, vagamente consciente de que se estaba mojando los pantalones.

Habían arrancado toda la piel del cráneo de Ahmed, para usarla en otro proyecto, pero habían dejado los ojos, y aquellos grandes ojos marrones eran inconfundibles. Eran los ojos de Ahmed.

La calavera estaba empalada en una espina dorsal improvisada de reluciente metal, que giró con lentitud, como un periscopio, hasta mirarle directamente.

Entonces, la cosa empezó a reptar hacia él.

Los parásitos treparon sobre algunas personas y se reorganizaron, como con Kyu. Otros eran solo... partes.

Las partes empujaron la mesa volcada contra él, y sencillamente le aplastaron contra la pared.

Estaba bastante muerto antes que su cabeza le estallara sobre los hombros.

Lo cual era prueba, ¿no?, de que la muerte es, a menudo, misericordiosa.

El comandante Henri Stanner, enlace de la Inteligencia de las Fuerzas Aéreas con la NASA, se inclinaba a través de una puerta abierta, medio asomado a más de doscientos cincuenta metros sobre el desierto. Dio un

golpecito a un botón de los prismáticos para filtrar el resplandor del sol, de modo que las rocas, los pequeños árboles y los barrancos quedaron delimitados por líneas de color azul. El viento traía la aspereza de la salvia, el suave perfume de las flores de cactus. Quizá hubiera también un ligero olor a podrido, por debajo. Podía ser una res que se había perdido y había muerto. Podía ser un montón de cosas.

Observando el Laboratorio 23 desde el aire, el comandante Stanner dijo:

—Si se utiliza un compuesto que arda a gran temperatura, algo con una base de magnesio, creo que la explosión hará el resto. Eso es lo que dice el Protocolo de Limpieza.

Tenía que hablar lo bastante alto para hacerse oír sobre el motor del helicóptero, por el ruido de las hélices. El Blackhawk se inclinó y dio la vuelta sobre la Instalación. Él apartó los gemelos y meneó la cabeza.

—En realidad no es necesario bombardearlo.

—Estábamos pensando solo en un bombardeo táctico. —Bentwaters se rascó la nariz y volvió a recostarse sobre el arnés. Era un hombre corpulento y pálido, con el pelo rubio cortado a cepillo y ojos de color azul claro. Parecía mareado. No estaba acostumbrado a los helicópteros. Solía tomar las decisiones a través del teléfono—. Si acaso... si acaso una bomba termobárica... o dos. “Cortamargaritas”.

Bentwaters era de la ASN, técnicamente un civil, pero trabajaba de cerca con la Inteligencia Militar. El verde claro de las náuseas parecía quedarle mejor, por el momento, que el uniforme color arena de las Fuerzas Especiales que se había puesto para el vuelo.

El helicóptero giró de nuevo en cerrado, con el desierto rotando debajo como una vasta plataforma giratoria.

Reclinándose hacia la portezuela abierta, Bentwaters miró hacia fuera y abajo, y dio un respingo. Se echó atrás con rapidez.

Stanner preguntó:

—¿Está el laboratorio completamente aislado? —Bentwaters frunció el entrecejo y apuntó a sus orejas. Stanner repitió la pregunta más alto.

Bentwaters asintió, con exageración.

—Nos hemos superado para hacerlo. Hay tres muros entre el laboratorio y el exterior. A prueba de terremotos. Pero hay lugares preparados para introducir cargas explosivas.

—Vale. ¿Cree que van a anular esta cosa de una vez?

—¿La Instalación, quiere decir? —Bentwaters arrugó el ceño y meneó la cabeza.

El helicóptero se estremeció otra vez y absorbió la onda expansiva según venía. La inercia sacudió a ambos pasajeros, obligando a Stanner a

agarrarse a un poste y a Bentwaters a cogerse el estómago. Pareció que dejaba escapar la siguiente frase solo para concentrar su mente en otra cosa que no fuera el mareo.

—Hay... un nuevo plan... una forma de dejar que evolucione sin riesgo de infección.

—¿Sin riesgo? ¡Eso es imposible!

Bentwaters dijo:

—Van a...

Pero no hablaba lo bastante alto, y el ruido del helicóptero ahogó sus palabras.

—¿Qué?

Bentwaters se encogió de hombros.

—¡En realidad, es mejor que no lo sepa hasta que no sea necesario!
—Se limpió la boca con el dorso de la mano—. Regresemos a la base.

Stanner asintió y se reclinó para que le viera el piloto, e hizo con la mano la señal de “regresar a casa”. El helicóptero volvió a virar, alejándose sobre el desierto de Nevada en dirección a la base de las FA.

¿Qué pasa con esta sección del departamento?, se preguntó Stanner. *¿Por qué me hacen sentir todos ellos como si...*

¿Qué es lo que yo pienso de ellos? De tipos como Bentwaters.

Entonces lo supo. Como un hormiguelo en la piel.

Toda su vida había conocido individuos que le provocaban esa sensación. Incluso de niño. Gente que siempre mentía, incluso cuando no tenían por qué.

¿Cómo había acabado trabajando para estos tipos?

Se encogió de hombros. Había visto cosas peores. Cosas que la CIA había hecho en Indonesia. Todo lo que él les había dado eran algunas imágenes de satélite. Pero lo que habían hecho con ellas...

Pero, ¿había sido peor, de verdad?

¿Podía ser peor que las cosas que las cámaras del Laboratorio 23 les habían mostrado, o el hecho de saber que el muchacho, Burgess, había entrado vivo, y que habían esperado de forma deliberada a que muriera antes de actuar? Si no hubiera sido infectado, puede que hubiera quedado lo bastante traumatizado para hablar con los medios. Así que dejaron que esas cosas reventaran su cabeza como el corcho de una botella de champaña.

Le pareció oír de nuevo la voz de su padre (como siempre, cada vez que dudaba de su deber).

—Céntrate en la tarea, jovenzuelo —le repetía su padre, el marine—. Tan solo céntrate en la tarea.

Stanner cerró la puerta lateral, se sacó el arnés y cruzó hasta Bentwaters, que se balanceaba como un borracho con el movimiento del helicóptero.